

Andrea Luquin Calvo

Universidad de Valencia

Las arquitecturas del exilio en María Zambrano

Resumen

Las metáforas arquitectónicas dentro de la obra de María Zambrano son frecuentes. En este artículo abordaremos cómo Zambrano se sirve de ellas para reflexionar sobre el tema del exilio. La destrucción de la ciudad y de la casa, la vida en la tumba y el camino entre ruinas, configuran momentos de esta arquitectura. Sobre estas metáforas la filósofa española consideró que el exilio hace resonar una voz que, por más que se intente, no deja de escucharse en aquellos lugares de los que fue expulsado.

Palabras clave

Exilio, espacio, historia, Antígona, ciudad, polis

Abstract

The architectural metaphors are frequent in the work of Maria Zambrano. In the present article, we will discuss how they are used by Zambrano in order to think about the phenomenon of exile. The destruction of both the city and the house, the life in the grave and the way among the ruins are all parts of this architecture. With these metaphors, the Spanish philosopher considered that, although attempts of silencing, the exile enhances a voice that is constantly listened in those places where the exiles were expelled from.

Keywords

Exile, Space, History, Antígona, City, Polis

La arquitectura del espacio: la ciudad y sus casas

Las guerras y las persecuciones surgidas durante el siglo xx obligaron a miles de personas a abandonar sus casas y sus lugares de pertenencia para poder continuar sus vidas en nuevos espacios. Como afirma Walter Benjamin, miles de seres humanos son observados por el Ángel de la historia: caminan en medio de las ruinas de las ciudades que habitaron. Precisamente, para Hannah Arendt el exilio es, sin lugar a dudas, uno de los signos distintivos de nuestra época.

¿Por qué el exilio comienza en las ruinas del mundo? Para Arendt, *la acción y el discurso* permiten a los seres humanos revelar activamente

su identidad y hacer su aparición en el mundo, de tal forma que *construyen* el espacio que habitan. La vida consiste así en una narración: hay que decir cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo actuamos día a día en un rincón del mundo.¹ Todo espacio verdaderamente habitado, nos dirá Gastón Bachelard, lleva en sí la noción de *hogar*, de *casa*; en donde los significados (el sentido) conformarán las paredes que nos protegen y nos instalan en un lugar del mundo. Una casa, un lugar que nos sostiene y que, como dirá María Zambrano, nos acoge en medio de la tempestad. Esas casas configuran la arquitectura del espacio habitado.

Por ello, para Zambrano, no es extraño que nuestra historia haya sido entendida mediante las metáforas arquitectónicas del edificar y del fundar. La historia nos mostraría el intento humano de creación de un espacio propio, de nuestro hogar. «Como no encontramos nada a nuestra medida», señala, «nos es necesario hacerlo, construir un mundo habitable y que en cierto modo supla lo que nos falta, y haga a la vez soportable nuestra condición de seres nacidos prematuramente.»² Por ello, la arquitectura es el arte que más metáforas proporciona a la historia: «porque tiene de común con el hombre de todos los tiempos la necesidad de hacerse su casa, de crearse su propio medio... ha brotado la existencia revolucionaria de un mundo, de una ciudad ideal siempre allá en el horizonte. Es su ansia histórica».³ La casa, la modesta casa que se construya en la ciudad, nos dice Zambrano, debe permitirle al ser humano no solo aparecer en el mundo, sino también entender el espacio como protección, como lugar que permita el despliegue de su libertad.

En este camino, para Hannah Arendt en *La condición humana*, el pensamiento de las sociedades humanas se encuentra ligado al suelo en donde se afincan: el espacio construido y habitado se constituye en una estructura que permite la aparición del *quien* que somos. Por ello, siguiendo a Arendt, es necesario tener un estatus político, tener un lugar en el mundo a partir del cual hablar y narrar la vida, para poder aparecer en el espacio y dar respuesta al *quien* que somos. Ese estatus político se condensa en una imagen: la de la *polis*, la de la *ciudad*. La ciudad se nos presenta como un lugar para habitar, ordenar, cuidar, disponer y preservar esa libertad que es, en palabras de Zambrano, «un postulado de la civitas, del conjunto organizado de hombres regulados por un orden inteligente y no sometido al imperio de la fuerza».⁴

La ciudad ha sido, para Zambrano, el lugar por excelencia donde las creaciones del espíritu humano se han originado. Es el sitio donde el ser humano busca construir un lugar que le ampare y proteja. Las casas que habitan la ciudad, el orden mismo de la *polis*, nos permiten constituir la aparición de ese *quien* que somos en el mundo. Por ello, es fácil entender que aquel que se encuentra privado de la pertenencia a una ciudad, queda privado de lo que permite conocer-

1. Bachelard, G., *La poética del Espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pág. 34.

2. Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987, pág. 97.

3. Zambrano, M., *La agonía de Europa*, Madrid, Trotta, 2000, pág. 80.

4. Zambrano, M., «Mujeres», publicado en *El Liberal*, 26 de julio de 1928, en *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, edición a cargo de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Siruela, 2004, pág. 56.

5. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, pág. 32.

6. Para María Zambrano, el místico «ha realizado la más fecunda destrucción, que es la destrucción de sí mismo, para que en este desierto, en este vacío, venga a habitar por entero otro; ha puesto en suspenso su propia existencia para que este otro se resuelva a existir en él». Zambrano, M., «San Juan de la Cruz: de la noche oscura a la más clara mística», en *Senderos: los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*, Barcelona, Anthropos, 1989, pág. 190.

7. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit, pág. 33.

8. Zambrano, M., *Delirio y destino, los veinte años de una española*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1998, pág. 251.

le como humano. Aquel que no es ciudadano, que no pertenece a la *polis*, pierde ese soporte que le permite actuar libremente: es desalojado de su casa. El gran acierto de Hannah Arendt fue observar cómo las políticas totalitarias del siglo xx habían arrebatado a miles de personas la posibilidad de encontrar esa comunidad política a la cual pertenecer: un espacio donde contar su historia, un lugar donde construir una casa, donde habitar el mundo. El exilio marca así nuestro espacio. La propia María Zambrano nos contará en su libro *Delirio y destino* cómo después de derrotada la República se encontró ante una sensación de suspenso, pues su destino y su proyecto de vida habían sido destruidos: «Comienza la iniciación del exilio cuando comienza el abandono. Patria, Casa, tierra no son exactamente lo mismo. Recintos diferentes o modos diferentes en que el lugar inicial perdido se configura y presenta [...]. En el abandono solo lo propio de que se está desposeído aparece, solo lo que no se puede llegar a ser como ser propio [...]. Peregrinación entre las entrañas esparcidas de una historia trágica. Nudos múltiples, oscuridad y algo más grave: la identidad perdida que reclama rescate. Y todo rescate tiene un precio».⁵

Expulsado de la casa y la ciudad, el exiliado siente, para la malagueña, como el místico,⁶ su propia muerte: vive el proceso de disolución del yo histórico y social. El exiliado se caracteriza por ser nadie: sin casa, sin ciudad, sin espacio y sin mundo. Se encuentra «a pique al borde de su abismo llano, allí donde no hay camino, donde la amenaza de ser devorado por la tierra no se hace sentir tan siquiera, donde nadie le pide ni nadie le llama, extravagante como un ciego sin norte, un ciego que se ha quedado sin vista por no tener a donde ir... Es el devorado, devorado por la historia».⁷

Pero se trata de un devorado que sigue habitando el espacio: ya no en su casa arrebatada, ya no en la *polis* que deja atrás. El exilio habita otras arquitecturas. Porque el exiliado no muere, camina bajo la mirada del ángel de Benjamin. Se trata de «vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morir, supervivientes».⁸ Es en este sobrevivir que la pregunta por el ¿dónde? se formula en la obra de Zambrano. La arquitectura del exilio que fluye en sus obras, construida por ruinas de casas y ciudades, y por las tumbas abiertas en donde los exiliados han sido arrojados por la historia, se convierte en imagen constante en su obra como morada, como *ethos* del exilio.

La ciudad que devora a sus habitantes: la expulsión de la casa

Para María Zambrano, la ciudad moderna se ha convertido en un espacio amenazante, pues su construcción se basa en su razón instrumental, capaz de dominar y controlar el mundo y a sus habitantes olvidando, a su juicio, la relación originaria de cuidado y protección que debía cimentarla. Nuestras ciudades se convierten en inhabitables, transformándose en campos: «Lo cual ha tenido lugar

ciertamente. Recuérdese las supresiones en masa habidas en los campos de concentración de nombre innecesario de recordar, por inolvidables».⁹

¿Cómo es que nuestras ciudades se vuelven inhabitables? Para Adorno y Horkheimer, en *Dialéctica de la Ilustración*, nuestra manera de conocer genera violencia a nuestro espacio y a sus habitantes. Si el conocimiento que nos lleva a ordenar el espacio y a formar al sujeto moderno, tiene que ver con un conocimiento (ciencia) que reduce lo múltiple a conceptos y categorías,¹⁰ entonces el propio ser humano corre el riesgo de verse atrapado en ese orden. Para Zygmunt Bauman: «Ordenar significa hacer la realidad distinta de como es, librándose de aquellos de sus ingredientes que se consideran los responsables de la “impureza”, la “opacidad” o la “contingencia” de la condición humana. Una vez que uno se ha adentrado en este camino, tarde o temprano tiene que llegar a la conclusión de que se debe negar la ayuda a algunas gentes, expulsándolas o destruyéndolas en nombre de un “bien mayor” y de una “mayor felicidad” para el resto».¹¹

Como lo señalaba Hannah Arendt en su libro *Los orígenes del totalitarismo*, la vida, por el mero hecho de su nacimiento, se inscribe en el orden de la ciudad: somos ciudadanos desde el momento de nacer bajo el orden del Estado-nación. Pero una vez que el sujeto es expulsado de este orden, nada le sostiene: el sistema de derechos se resquebraja. El sujeto queda entonces abandonado (basta recordar las tristes imágenes que la inmigración calificada de «ilegal» nos deja día a día). La ciudad perece: el orden del progreso se abre paso para desechar, para desalojar de sus casas a quien no considere necesario. Construimos ciudades, órdenes racionales que se convierten en espacios de exclusión. El exiliado se convierte así, como nos dice Zambrano, en el devorado por la Historia, en el sacrificado por ella en pos de sus promesas. Ante el cuadro de Klee *Angelus Novus*, Walter Benjamin ve patente el verdadero camino del progreso que lleva a destruir nuestros espacios, nuestras casas y ciudades: Si damos por hecho que el costo humano y material del progreso es insignificante, nada impide que el crimen se repita, se perpetúe y sea cada vez mayor. Esto significa, para el pensador, aceptar el triunfo definitivo del fascismo. La conciencia de este sacrificio se le presenta a María Zambrano en la imagen de un cordero al cruzar la frontera con Francia, en 1939, rumbo a su propio destierro: «Nos miramos el cordero y yo. Y el hombre siguió, y se perdió por aquella muchedumbre, por aquella inmensidad que nos esperaba del lado de la libertad [...]. Yo no volví a ver a aquel cordero, pero ése me seguía mirando [...]. Y luego he vuelto. Y el cordero no estaba esperándome al pie del avión [...]. Y, cuando he visto las imágenes que sacaron los fotógrafos que me aguardaban [...] entonces vi que el cordero era yo. El hombre no aparecía sosteniéndome en su espalda porque yo me había asimilado al cordero».¹²

9. Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Barcelona, Anthropos, 1988, pág. 123.

10. Adorno, T., Horkheimer, M., *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1994, pág. 20.

11. Bauman, Z., *Ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Barcelona, Paidós, 2002, pág. 84. Bauman advierte en el mismo libro del peligro que representa la pasión por el orden que prevalece en nuestras sociedades: «La tendencia actual es hacia la separación forzosa, hacia el rechazo de los inmigrantes y la limpieza étnica, todo lo cual supone una admisión indirecta y perversa de la persistencia de la ambivalencia, de la imposibilidad de superarla o de solucionarla de alguna manera», *ibidem*, pág. 117.

12. Zambrano, M., *Las palabras del regreso*, edición de M. Gómez Blesa, Salamanca, Amarú, 1995, pág. 16.

13. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit., págs. 33-34.
14. Zambrano, M., *Delirio y destino*, op. cit., pág. 251.
15. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio» en *La razón en la sombra*, op. cit., pág. 463.
16. *Ibidem*.
17. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit., pág. 32.
18. Zambrano, M., *Delirio y destino*, op. cit., pág. 252.
19. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., pág. 230.
20. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., pág. 219.

Más en ese sacrificio, nos dice Zambrano, la historia no devora al exiliado, no arranca limpiamente su corazón para ofrecerlo al sol de la historia.¹³ El exiliado no ha muerto en el sacrificio: Si bien la historia lo había condenado al abandono de su hogar, a vivir sin ciudad, a la muerte, el exiliado se ha aferrado a la vida y continúa viviendo: «esos seres que se distinguen, pues ya no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, eran exiliados, desterrados, refugiados... algo diferente que suscitaría aquello que pasaba en la Edad Media en algunos seres —sagrados—: respeto, simpatía, piedad, honor, repulsión, atracción, en fin... algo diferente; vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morirse, supervivientes».¹⁴ «Y así, el exiliado está ahí como si naciera, sin más última, metafísica, justificación que ésa: tener que nacer como rechazado de la muerte, como superviviente; se siente, pues, casi del todo inocente, puesto que ¿qué remedio tiene sino nacer?»¹⁵

María Zambrano nos muestra así cómo el exiliado, aunque ha sido despojado de todo aquello que le otorgaba sentido, de su casa y su ciudad, no ha tenido esa discreción de desaparecer. En «Carta sobre el exilio», de 1961, señala que «la primera respuesta a esa pregunta formulada o tácita de por qué se es un exiliado es simplemente ésta: porque me dejaron la vida, o con mayor precisión: porque me dejaron en la vida».¹⁶ El exiliado habita en el abandono, en esa «imposibilidad de vivir que, cuando se cae en la cuenta, es imposibilidad de morir. El filo entre vida y muerte que igualmente se rechazan. Sostenerse en ese filo es la primera exigencia que al exiliado se le presenta como ineludible».¹⁷

Lo trágico, nos dice Zambrano, no es el morir, sino *el sobrevivir*. El exilio es así un «pasar entre la vida y la muerte, ser rechazado de la vida de múltiples maneras sin que por eso la muerte abra sus puertas. Vivir muriendo»;¹⁸ se trata de «un desgarró, un rompimiento. Una forma de muerte que perdonaba la vida, pero dejaba solo eso, la vida. La vida a la más completa intemperie».¹⁹

Las tumbas donde habitan los sobrevivientes

La vida que se vive, ya no en la ciudad, sino entre la vida y la muerte, ocupa así un nuevo espacio arquitectónico: *la tumba*. Así le sucedió a Antígona, cuya condena, morir enterrada viva, muestra el camino a esta arquitectura del exilio. Zambrano convierte la voz de Antígona en la de los miles de exiliados que, como el personaje de la tragedia griega, fueron expulsados de la *polis*. La tumba marca en la literatura de Zambrano el fin de la ciudad que puede ser habitada. Más aún: la metáfora se expande y la tumba se nos presenta como un lugar que se encuentra en los propios cimientos de la *polis*.²⁰ Se trata de los cimientos de una ciudad por cuyas leyes, por cuyo ordenamiento, Antígona se encuentra condenada a la muerte en vida. Es en las entrañas de ese orden de violencia y destrucción donde la heroína griega reconoce la ciudad abandonada e inhabita-

ble en que hemos convertido nuestras arquitecturas históricas. Esa «sepultura sin cadáver es una de las “arquitecturas” de la historia, mientras que los cadáveres vivientes, sombras animadas por la sangre, vagan unas, quedándose otras en inverosímiles emparedamientos, palpitando todavía —y si es, todavía lo es de por siempre mientras haya historia— reapareciendo un día extrañamente puras, cuanto pueda ser pura una figura humana de la historia».²¹

En esa vida en la tumba, Antígona reconoce que la existencia se vive en un espacio de abandono, de sufrimiento, de sacrificio, de exilio. Pero, paradójicamente, es también un espacio privilegiado para que el sujeto se convierta en conciencia de esa condición. Antígona renace para confrontarse con las leyes de la ciudad que la condena, que la ha convertido en una vida que, sin lugar en el orden de la *polis*, se encuentra lista para el sacrificio, sin que a nadie le importe. Se trata de ese *Homo sacer*, señalado por el filósofo italiano Giorgio Agamben:²² la vida fuera del orden, no sujeta a sus leyes y, por lo tanto, suprimible sin que ello constituya un delito.

Revirtiendo esta nulificación, Zambrano otorga a la heroína griega el espacio que le niega el ordenamiento de la ciudad, el propio orden moderno: «A Antígona pues, le fue dado y exigido al par un tiempo entre la vida y la muerte en su tumba. Un tiempo de múltiples funciones, puesto que en él tenía ella que apurar aunque en mínima medida su vida no vivida».²³ Antígona rechaza así un orden capaz de eliminar y condenar a los seres humanos. De esta manera nos habla desde la tumba no solo sobre su situación, sino sobre la vida de todos aquellos sacrificados por las leyes de un orden injusto, que puede convertirse en una arquitectura que nos expulse de nuestras casas, tarde o temprano, a cada uno de nosotros: «La vida», nos dice Antígona, «está iluminada tan solo por esos sueños como lámparas que alumbran desde adentro, que guían los pasos del hombre, siempre errante sobre la Tierra. Como yo, en exilio todos sin darse cuenta, fundando una ciudad y otra».²⁴

Antígona funda así para Zambrano la estirpe de los sobrevivientes del sacrificio de la Historia. Despojados de todo, en sus tumbas en vida, los supervivientes delirán: «Sí, delirios. Los que nos han dejado. Delirios, pero *secundum veritatis*, pues esto también nos lo han dejado: la verdad en su esqueleto. Y los esqueletos obligados a vivir delirán».²⁵ La voz de Antígona seguirá delirando, decía Zambrano, mientras que la historia y su orden exijan sacrificio y víctimas: «porque los que claman», nos dice Antígona, «han de ser oídos. Y vistos».²⁶

La tumba cuenta así la memoria de quien la habita. Desde los cimientos de cada ciudad, se convierte en un nuevo hogar, irrenunciable, del exilio: «Cuando comprendí que el exilio era mi casa», nos dice Angelina Muñiz-Huberman, «abrí la puerta y me instalé. Me instalé cómodamente. Con todo tipo de subterfugios, alternancias,

21. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit., pág. 42.

22. Agamben, G., *Homo sacer: el poder soberano y nuda vida*, Valencia, Pretextos, 1996.

23. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., pág. 219.

24. *Ibidem*, pág. 258.

25. Carta escrita a Rosa Chacel por Zambrano en 1953. Cfr. Moreno Sanz, J., Prólogo a Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, Madrid, Círculo de Lectores, 1999.

26. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., pág. 263.

27. Muñiz-Huberman, A., *El canto del peregrino: Hacia una poética del exilio*, Barcelona, UNAM- GEXEL, 1999, pág. 187.

28. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1992, pág. 237.

29. *Ibidem*, pág. 235.

30. *Ibidem*, pág. 251.

31. *Ibidem*, pág. 237.

32. *Ibidem*.

33. *Ibidem*, pág. 235.

pretextos, soledades, elecciones, fidelidades, anarquías, mis libros favoritos, mi peculiar manera de escribir, mi gata prodigiosa, muchas hojas de papel, plantas en el balcón, un comedero para los colibríes y otro para los petirrojos, mi florido huerto de amor. El aire, la memoria, las comas, los espacios en blanco y los dos puntos».²⁷

Las ruinas: los templos de la historia en nuestras ciudades

La memoria del exilio, de su ausencia, no debe tomarse como algo que fue y ya no es, sino como una ausencia que se hace presente en el vacío que deja en nuestras arquitecturas. Las ruinas de la ciudad enmarcan la ausencia de miles de rostros en nuestro mundo. Un vacío que deja un *quien* sin respuesta. Una memoria que muestra los restos de aquellas construcciones que constituyeron la ciudad, lo que pudo ser, pero también lo que sobrevive como posibilidad por aparecer. Por ello, para Zambrano, es en *las ruinas de la historia* en donde se presenta, precisamente, lo inacabado, que llama a ser completado: donde se muestra «la supervivencia de aquello que no pudo alcanzar en la edificación: la realidad perenne de lo frustrado; la victoria del fracaso».²⁸ Por ello, continúa la filósofa, «la contemplación de las ruinas ha producido siempre una peculiar fascinación, solo explicable porque en ellas se contiene un gran secreto de la vida, de la tragedia que es vivir humanamente».²⁹

De esta manera, el exiliado no solo habita en tumbas: sobrevive para caminar entre las ruinas del mundo, siendo *él mismo ruina que ha sobrevivido a la Historia*. Por ello, para Zambrano, es precisamente en estos rostros donde se encuentran realmente los impulsos de la historia, «pues solo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas».³⁰ «Porque la ruina», nos dice la filósofa, «es solamente la traza de algo humano vencido y luego vencedor del paso del tiempo.»³¹

En las ruinas permanece la conciencia del ser que sobrevive. Privilegiar la mirada, el delirio que surge desde las tumbas abiertas del exilio, nos muestra ese vacío que se esconde detrás de la contundencia de un orden que puede destruir los rostros que habitan el espacio. De esta forma, el delirio del exilio se prolonga plenamente en nuestro presente. Por ello, nos dice Zambrano, toda ruina tiene el carácter sagrado de un templo,³² pues en ella aún late lo que algún día le hizo ser construcción firme y plena: «Un edificio venido a menos no es, sin más, una ruina. Algo alcanza la categoría de ruina cuando su derrumbe material sirve de soporte a un sentido que se extiende triunfador; supervivencia, no ya de lo que fue, sino de lo que no alcanzó a ser. Por las ruinas se aparece ante nosotros la perspectiva del tiempo, de un tiempo concreto, vivido, que se prolonga hasta nosotros y aún prosigue».³³

La ruina de esta manera *recuerda*, convirtiéndose en una arquitectura peligrosa, pues, como nos dice María Zambrano, aquello que creía-

mos perdido, olvidado, vuelve a revelar su presencia en nuestro espacio: «Así las ruinas vienen a ser la imagen acabada del sueño que anida en lo más hondo de la vida humana, de todo hombre: que al final de sus padeceres algo suyo volverá a la tierra para proseguir inacabadamente el ciclo vida-muerte y que algo escapará liberándose y quedándose al mismo tiempo, que tal es la condición de lo divino».³⁴

Nuevas arquitecturas

La imagen de un camino de ruinas, que el Ángel de la Historia observa, es la misma que María Zambrano encuentra en su exilio: un desgarramiento entre las ruinas de la ciudad en donde «todo se enmascara y se experimenta lo deshabitado que está lo que nos rodea»³⁵. El propio exilio de la autora, visto a través de la narración de Antígona, en obras como *Delirio y destino*, *La agonía de Europa* o «Carta sobre el exilio», entre otros textos, nos muestran ese mundo en el cual la política ha desplazado a los habitantes de la ciudad. Precisamente será esa *vida* que ha sobrevivido, la del exilio, la del refugiado, la del desterrado, vida apartada del orden de la ciudad, aquella que puede mostrarnos las debilidades de una organización instrumental que borra rostros: «Porque llevábamos algo que allí, allá donde fuera, no tenían», nos dice Antígona, «algo que no tienen los habitantes de ninguna ciudad, los establecidos; algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga».³⁶

La experiencia vivida le muestra al exiliado el estado de desamparo que subyace a una arquitectura del espacio que, en nombre del progreso, destruye a los seres humanos. El exiliado, al ser un sobreviviente del ordenamiento moderno y estar «apartado de ese orden», obtiene la visión y distancia necesarias para liberarse de ataduras y discursos, para señalar precisamente el error de un orden que elimina a los seres humanos como cantidad sobrante. En el exilio, nos dice María Zambrano, ocurren despertares que nos permiten ver lo que vive debajo de las apariencias. El exiliado, que vive sin tierra, sin patria, sin ciudad y sin casa, desposeído de lazos y geografías conocidas, desprovisto de toda raíz, experimenta en el abandono «una suerte de desnudez que por sí misma hace sentir que se está renaciendo, pues que como se nació desnudo, sin desnudez no hay renacer posible; sin despojarse o ser despojado de toda vestidura, sin quedarse sin dosel, y aún sin techo, sin sentir la vida toda como no pudo ser sentida en el primer nacimiento; sin cobijo; sin apoyo, sin punto de referencia».³⁷

Ante este rostro de la historia, que aparece sin casa que lo sostenga, María Zambrano buscará el principio de una política que no se base en la lógica de un pensamiento excluyente, sino que abraza el sentir originario con el espacio y sus habitantes, la lógica del respeto y del cuidado, que surge del verdadero significado de la ciudad como

34. *Ibidem*, págs. 238-239.

35. Zambrano, M., *La agonía de Europa*, Madrid, Trotta, 2000, pág. 99.

36. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., pág. 259.

37. Zambrano, M., *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1988, pág. 44.

38. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., págs. 251-252.

espacio de protección de lo humano. Por ello, en la tumba, Antígona toma conciencia de la revelación de una utópica «ciudad nueva», donde reinará la fraternidad y «todos serán hermanos». ³⁸ Esta conciencia será capaz de devolvernos la oportunidad de encontrar de nuevo el espacio de creación, de protección y cuidado que guarda en su interior la ciudad en cada una de nuestras casas. Su obra *Persona y democracia* muestra esa arquitectura clave en un horizonte que pasa por el rostro de cada uno de los habitantes de la ciudad: precisamente esta solo existe cuando participan en su construcción todos sus habitantes. Solo de esta manera nuestro hogar podrá sobrevivir.